

## El nacionalismo gallego durante la República

El *nacionalismo gallego* es la etapa culminante de ese largo proceso que se empieza a configurar a mediados del XIX y que conocemos como movimiento galleguista o, simplemente, *galleguismo*. Habitualmente se sitúa su fecha natal en la creación, en 1916, de las «*Irmanctades da Pata*» porque, sin duda alguna, los planteamientos iniciales y el programa elaborado en su Asamblea Nacionalista de noviembre de 1918, precisaba y contenía casi todos los elementos que se pudieran exigir a un movimiento de esta índole. Tras una evolución discontinua, y no exenta de titubeos, el nacionalismo gallego se va a articular y definir en toda su proyección y plenitud en la década de los treinta. Es en este momento cuando el galleguismo adquiere una dimensión política suficientemente operativa y eficaz, como para situarse en un plano superior al de una mera corriente ideológica. A analizar esta etapa culminante dedicamos las siguientes líneas.

Con anterioridad a la instauración del régimen republicano, la mayor parte de los grupúsculos y personajes

galleguistas seguían aferrados al accidentalismo consagrado por las «*Irmandades da Fala*» desde su nacimiento en 1916, como hemos dicho. Solamente cuando la República estaba a punto de ser instaurada, se produce su decantación a favor del nuevo régimen, valorando en él la posibilidad de que adoptara una estructura federal. La corriente nacionalista así perfilada tenía clara conciencia de su distinta naturaleza y de su disociación respecto a las restantes ideologías en liza en el trance de la caída de la Monarquía. De esta manera los distintos grupos galleguistas se negaban a encuadrarse en las grandes formaciones políticas que se disponían a protagonizar la nueva etapa; pero ello no fue obstáculo para que formalizaran unas coyunturales coaliciones con los republicanos y los agrarios en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931. Así fue como, a pesar de sus vacilaciones y tibieza en la aceptación del credo republicano, obtuvieron un pequeño número de concejales, sin que tampoco esto les importara en demasía, pues hasta bien entrado el se-

gundo bienio el galleguismo no prestará una atención destacada a la ocupación de los resortes municipales.

Sin embargo, y a pesar de lo anterior, es obligado hacer mención a un sector del galleguismo, ubicado fundamentalmente en La Coruña, que ya desde 1929 abandona la doctrina accidentalista para comprometerse con firmeza en la lucha a favor de la instauración de la República. Fue así como A. Villar Ponte, Lúgrís Freiré, Anxel Casal, Víctor Casas, etc., crearon la O.R.G.A., sin abandonar por ello a las *Irmandades da Fala*. Este sector del nacionalismo se asocia con los elementos republicanos, que lideraba Casares Quiroga, cuya asunción -por lo menos teórica- del sistema federal les permite abrigar la esperanza de que trabajando por la República conseguirían de paso un gobierno federal para Galicia, lo cual era sin duda un requisito imprescindible y prioritario. Son además estos galleguistas los que exhortan a sus «irmans» para que se decanten en este sentido.

La corriente de Antón Vilar Ponte encarna, en última instancia, la tentativa de dotar de operatividad al movimiento galleguista -hasta entonces desarticulado y con poca incidencia social- incrustándose en un partido fuerte de distinta significación a la nacionalista para influir dentro de él con miras a galleguizar su actuación. Esta opción pierde adeptos cuando se funda, en diciembre de 1931, el *Partido Galleguista*, cuyos miembros seguían la opinión de que precisaban actuar desde un receptáculo organizativo y político propio. El hecho de que el cambio de régimen ya no va a constituir un problema y la inconsecuente práctica autonomista de la O.R.G.A. hicieron el resto, depejando las últimas dudas de algunos seguidores de

Antón Vilar Ponte. El fracaso terminante y definitivo de esta opción no tardó mucho en llegar. En efecto, en 1934, cuando el *Partido Regionalista Gallego* decide fusionarse con Izquierda Republicana, Villar Ponte ingresa en el *Partido Galleguista*, por no estar dispuesto a militar en un partido de obediencia no gallega y harto de las inconsecuencias -de índole autonómica fundamentalmente- del partido de Casares. Pero esto no condicionó el que, durante los primeros meses de vida del sistema republicano, los galleguistas de la O.R.G.A. tuviesen mayor eficacia política que los nacionalistas puros. Así, mientras estos últimos se entregaban a una campaña de mítines de sensibilización económica, el sector de Villar Ponte consigue que O.R.G.A. convoque una asamblea pro-Estatuto, que tuvo lugar en La Coruña el 4 de junio de 1931, de la que salió el primer proyecto de Estatuto, de tendencia federalista, que fracasó precisamente porque la Constitución no lo era, amén del precario apoyo social que lo sustentó. Ahora bien, tampoco la línea pura del nacionalismo que encarnó el *Partido Galleguista* pudo actuar aislada de las demás fuerzas de signo distinto, tal como eran en principio sus propósitos, teniendo que formalizar una alianza estable con ellas y siendo ésta la única manera que encontró de conseguir su mínimo objetivo -al cual tuvo que dedicar un esfuerzo máximo- que era, en definitiva, la plebiscitación favorable del Estatuto Gallego. Además, como quiera que el sistema electoral republicano favorecía las coaliciones entre los partidos, los galleguistas seguidores de Bóveda y Castelao no pudieron sustraerse a esa ley tendencia! y tuvieron que aliarse con algunas fuerzas republicanas en las tres elecciones generales que se cele-

braron en los años de vigencia del Régimen Republicano, por lo menos parcialmente. Así, en las de junio de 1931, de las dos provincias en las que presentaban candidatura, Pontevedra y Orense, entraron en coalición en esta última. En la consulta de noviembre de 1933 comparecieron en coalición con los republicanos en los distritos de La Corana y Pontevedra. Y por último, en las elecciones de febrero de 1936 formalizaron una alianza con el Frente Popular en las cuatro provincias, aunque luego, por ciertos avalares, resultó inoperante en la lucense.

En la República cristalizó una corriente galleguista relativamente unida, a pesar de esta lucha anterior, resuelta en favor del *Partido Galleguista* y de otras divisiones que se suscitaron y a las que haremos alguna referencia. Sin embargo, destaquemos antes de nada que es en este periodo cuando el nacionalismo gallego empezó a ser un movimiento de masas, que contaba en 1936 con diputados (algunos de ellos, como Castelao, el más votado en su provincia), concejales, asociaciones agrarias y un grado de implantación social nada desdeñable, que iba creciendo, además, a un ritmo prometedor. De hecho, estamos persuadidos de que de prolongarse la existencia de la República algunos años más, podría tener una base de masas como la que, a título de referencia, secundaba los proyectos nacionalistas de Cataluña y el País Vasco. Esta implantación social del nacionalismo gallego, conseguida por primera vez en la historia, vino dada en gran parte por la existencia de un régimen de libertades, que incitaba a las corrientes ideológicas plasmadas en los distintos partidos a procurar un apoyo popular -superándose así el tradicional sistema de partidos-cúpu-

las dirigentes-, dado que el pueblo era, en definitiva, el protagonista del sistema. Para llegar a esto, el galleguismo tuvo que vencer fortísimas resistencias internas, que pretendían mantener el nacionalismo como un dominio exclusivo de una minoría ilustrada y consciente de «bos e exenxerosos». La inercia elitista freno la expansión del *Partido Galleguista* a lo largo del primer bienio y solamente cuando se produjo el revés electoral de noviembre de 1933 la mayor parte de sus miembros abrieron los ojos y no dudaron en dirigirlos a la amplia base del país, a la que se intentó encuadrar en las organizaciones del partido.

Pero decíamos anteriormente que las divisiones existieron a pesar de que no tuvieron la envergadura suficiente como para impedir que hubiese un núcleo que sobresaliera con mucho por encima de los demás (el *Partido Galleguista*) y que, por esta razón, pudo obtener resultados políticos notables. El movimiento galleguista, de hecho, se divide en una serie de organizaciones débiles y fugaces: *Derecha Galleguista*, *Unión Socialista Gallega* y *Vanguardia Nacionalista Galega*; y dos más sólidas y estables: el *Partido Galeguista* y la *¡Federación de Mocedades Galeguistas*. Obviamente, estas organizaciones actúan entremezclándose con las formaciones políticas de ámbito estatal (y también con O.R.G.A., antes de que se integrara en *Izquierda Republicana*). Tenemos, pues, que en Galicia surge una estructura específica de partidos, vertebrada en la suma de organizaciones de ámbito estatal con las de obediencia gallega. Los partidos exclusivamente gallegos constituyen un subconjunto minoritario y subordinado al que conforman las fuerzas estatales, ofreciendo unos riesgos de inestabilidad y de-

bilidad. Con todo, por el lado de dobles (es decir, de partidos gallegos y estatales de parecida orientación que ocupaban, por lo tanto, el mismo espacio político) sustituyendo el espectro de fuerzas estatales por otro autóctono. El *Partido Galleguista*, concretamente, pensaba que la entrada en vigor del Estatuto de Autonomía favorecería este proceso. La mayor parte de su ala conservadora pensaba, en cambio, que el galleguismo no se podía lanzar a este empeño en la situación preautonómica, y ésta fue una de las causas de que se produjera la excisión de *Derecha Galegiiisla*, que aquél criticó, fundamentalmente, por prematura e inoportuna.

Desde el 14 de abril aparecieron nítidamente dibujadas en el movimiento galleguista dos tendencias: una progresista y de izquierdas, con asiento básico en Santiago y La Coruña (*Galleguista de O.R.G.A.*, *Esquerda Galleguista*, etc.) y otra, marcadamente conservadora, ubicada de modo preferente en Orense (*Partido Nazonalista Republicán de Ourense*). En las agrupaciones de Vigo (*Grupo Autonomista Galega*) y Pontevedra (*Partido Galleguista de P.*) convivían personas de ambas tendencias. Ahora bien, estas discrepancias no representaron un atraso para que se llevara a cabo con éxito un proceso de confluencia, impulsado esencialmente por el grupo pontevedrés de Bóveda, con lo que se liquidará la situación policéntrica e incluso taifística. Después de todo, las diferencias no eran tan abismales, pues coincidían, en general, en el nacionalismo, en la democracia, en un talante reformista (en un grado mayor o menor) y en el republicanismo recién adoptado. En el *Partido Galleguista* continuaron manifestándose las corrientes izquierdista y conservadora, conviviendo en función del inte-

gracionismo del partido, hasta que la decantación hacia la izquierda resulta inaceptable para la mayor parte del ala de las derechas.

¿Cuáles eran los aspectos que caracterizaban a la formación política nacionalista más importante, el *Partido Galleguista*?

Este partido tenía una estructura organizativa tenue en un principio pero, progresivamente, se fue haciendo más sólida y más disciplinada. Costó trabajo el que un importante número de sus afiliados se hiciesen a la idea de que estaban en un partido, con todo lo que ello comportaba. Como es hasta cierto punto lógico en un partido de índole nacionalista, pretendió organizarse sobre una base territorial (grupos locales) antes que por sectores profesionales o frentes de intervención. La organización se plegaba al hecho de que consideraba la Galicia real siguiendo un escalonamiento de menor a mayor: parroquia, villa, ciudad, comarca. Pero, a pesar de huir de las circunscripciones municipales y provinciales, en febrero de 1936 consideró necesario establecer—muy a su pesar—comités provinciales, ya que respondían mejor a las exigencias que conllevaba la organización electoral, que se circunscribía a este ámbito.

Internamente funcionaba de una manera eminentemente democrática, decidiendo las bases todas las cuestiones importantes, fundamentalmente a través de la asamblea de delegados, órgano soberano por excelencia, de periodicidad anual, aunque se podía convocar también extraordinariamente. De ella emanaban las instancias directivas: el Consejo Ejecutivo, más amplio, elegido en virtud de un criterio funcional combinado con territorial, y la Secretaría Ejecutiva, más reducida y operativa. Se dota, pues, de órganos de dirección colegia-

da, queriendo evitar una dirección unipersonalista. Señalemos, por último, que la estructura organizativa discriminaba a los militantes según el sexo y que el modelo que en general intentaban emular era el de los partidos catalanistas de izquierda.

Definamos la envergadura del *Partido Galleguista*: en la primera fase, que llega hasta noviembre de 1933, la implantación territorial se concentraba en 61 agrupaciones, pudiéndose estimar el número de sus militantes en unos 3.000. En la segunda fase se crean 115 nuevas agrupaciones, cifrándose el umbral mínimo de nuevos afiliados en unos 2.180. Consideramos, pues, que la tasa de afiliación superaba los 5.000 militantes.

Vamos a ver las notas que caracterizaban al *Partido Galleguista*. En primer lugar el *nacionalismo*, claro y expreso, por más que por motivos de fonética política se definiese eufemísticamente como «Galeguista». Presentaba además un matiz que podemos llamar *integracionista* (la palabra «interclasista» se nos queda corta), en la medida en que procuraba la integración en el partido de gentes de una condición heterogénea y diferente pensamiento, por entender que su común pertenencia a una misma nación debería anteponerse a cualquier discrepancia. Este integracionismo, aplicado al campo político, sostenía que el galleguismo estaba por encima de las categorías derechas/izquierdas. En el terreno religioso opta por la neutralidad para que confesionalistas y laicistas pudieran convivir juntos en su seno. En el campo social, las diferencias de clase debían postergarse, puesto que todas tenían un común interés patriótico. En el de la cultura, los partidarios de una labor exclusivamente cultural debían colaborar con los que cifraban sus aspiraciones de reden-

ción nacional en la actuación propiamente política. Para evitar que las anteriores divisiones comprometieran el integracionismo del partido, provocando alguna escisión, se apelaba al sentimiento de hermandad, al sentido de tolerancia y a la idea de que la «Terra» debía estar por encima de cualquier divergencia.

Digamos también que resulta perceptible en el *Partido Galleguista* un cierto tinte populista. Era además un partido *democrático, elitista* en la primera etapa de su andadura y de *masas* en la segunda. Ya hemos insinuado que se trataba de una organización *especial*; en efecto, se dispersa en una gran variedad de campos: el propiamente político, el cultural, artístico, lingüístico, preocupándose de la mejora económica de Galicia, de la defensa de sus intereses generales, del cooperativismo, de establecer proyectos legislativos, de desempeñar una función ideológica, galleguizando a los demás partidos y por supuesto a toda la sociedad... Todo eso viene dado por el papel que asume de agente vertebrador de un país situado en un estadio de difusa formación. Tenía que «hacer el país» antes de aspirar a tomar el poder o, por decirlo de otra manera, influir sobre el poder central, para que aceptase despojarse de determinadas competencias, que transferiría al gallego y que luego se trataría de tomar.

En la composición del *Partido Galleguista* abundan mucho los titulados universitarios y medios. A esta clase media intelectual, en la que predominan los profesores, hay que añadir los núcleos de pequeños comerciantes e industriales -de los sectores maderero y chocolatero singularmente- y ciertos elementos dispersos de la burguesía gallega. Registramos también la presencia de un importante número

de campesinos (no así de marineros y de religiosos, que escasean) y el apoyo del Banco Pastor, por lo menos hasta 1935, en que se confirma el giro izquierdista.

Otra cosa eran los sectores sociales a los que interesaba atraer. Situaba en primer lugar a los campesinos, en tanto que clase preponderante y depositaria, además, de las señas de identidad autóctona. Interesábanle la juventud, los fabricantes de conservas, los intelectuales y el clero. En menor medida los marineros (menos numerosos y en gran parte seguidores ya de ideologías internacionalistas) y muy escasamente los obreros.

Adentrándonos en la cuestión de la ideología del *Partido Galleguista*, observamos ciertas novedades respecto al manifiesto de 1918 de las «*Irmandades da Fala*», aunque dentro de una clara línea de continuidad. Introduce el concepto de autodeterminación, el deseo universalista, el antiimperialismo, la cuestión del cooperativismo y el irredentismo. El programa agrario resulta más progresista, la emigración cobra mayor importancia, y el mundo obrero recibe por primera vez alguna atención.

Programáticamente, continúa en cierto modo el accidentalismo de las «*Irmandades da Fala*», dado que no opta expresamente por el republicanismo; aunque abunden las declaraciones de fe republicana, se trata, más que otra cosa, de un republicanismo básicamente instrumental, que posibilite el autogobierno gallego. Hemos constatado, asimismo, una cierta tendencia hacia el fortalecimiento del sector público de la economía y un interés creciente por la industria pesquera y conservera.

Conciben a Galicia como una Nación, aunque continúan con la tradicional ambigüedad terminológica,

empleando los términos región y nación indistintamente. De todas maneras ellos se consideran a sí mismos como nacionalistas, diferenciándose perfectamente de los regionalistas, autonomistas y federalistas.

En la teoría sobre la nación Vicente Risco va a ejercer un influjo notable, manteniéndose como el teórico del nacionalismo gallego por antonomasia. La teoría risquiana de la nación partía en lo esencial de supuestos organicistas pero incorporando, eclécticamente, ciertos aspectos de la concepción liberal. Por lo que hace al *Partido Galleguista*, se adhiere a la teoría de la voluntad, tal como se puede ver en la definición que da de nación y en la posición que adopta sobre la cuestión de los territorios homolingües, situados fuera de los lindes administrativos de Galicia. De todas maneras, en el puro plano teórico, no abandona el organicismo.

En la definición que adopta sobre la nación, juegan un papel importante la lengua, el arte y la cultura. Se produce la identificación racial de gallego con celta. En este celtismo hay mucho de afán enaltecedor del pueblo gallego por medio de la filiación de un pueblo considerado prestigioso, erigiendo un mito compensatorio de la peyorativa visión que sobre los gallegos tenían los de fuera y de la minusvaloración que los propios gallegos tenían de sí mismos. Aprovechamos para aclarar que, a diferencia del P.N.V., el partido galleguista no es racista. Tanto es así, que para afiliarse a él era suficiente con residir en Galicia.

Por lo demás, el *Partido Galleguista* acepta una visión teleológica, entendiéndolo que la nación gallega tenía que cumplir la misión histórica de contribuir a la civilización universal con su idiosincrasia. El fomento de lo genuino y' tradicional aparecía así

como imprescindible, pero, junto a ello, se situaba también una necesidad de renovación.

El *Partido Galleguista* veía una Galicia tripartita, compuesta por la minoría de los «bos e xenerosos», la masa del pueblo cuya conciencia nacional había que despertar, y la minoría de «señoritos desligados», asentados sobre todo en las ciudades (había en él un prurito antiurbanista, que no le impedía intentar ganar a las ciudades para la causa del galleguismo) e identificados con los caciques, actuando como caballos de Troya del centralismo.

Acabemos por exponer los puntos que perfilan su ideología. Sobresalen el sentido ético de pureza democrática, el anticaciquismo, la pretensión pacifista, una aspiración europeísta («europeizar Galicia, galleguizar Europa») e incluso universalista («Galicia, célula de la universalidad»), el prurito celtista y la decantación lusista. Tenían asimismo gran importancia el deseo de alianza con Euskadi y Cataluña («Galeuzca»), la reivindicación de la «Galicia irredenta» y el postulado del federalismo internacional, erigido sobre la base de estados étnicos, tan querido a la tradición federalista pimargalliana.

Internamente se perfilaban en el *Partido Galleguista* varias corrientes: la *conservadora*, en la que figuraban personajes de la talla de Vicente Risco, Otero Pedrayo, Cuevillas, Filgueira Valverde, etc.; la corriente de *izquierdas*, claramente mayoritaria, en la que se puede percibir un sector de *izquierda radical*, cuyas figuras más prominentes eran Antón Vilar Ponte, Ángel Casal, Suárez Picallo, LUGRÍS Freiré, etc.; y dos pequeñas tendencias, *marxista* la una y *arredista* (separatista) la otra, que completaban el cuadro.

En su actividad política cabe registrar una primera fase, en la que repudía el pluripartidismo y pretende actuar aisladamente como vanguardia única, empeñada en suscitar la adhesión del pueblo, pero en la práctica se ve obligado a coordinarse con las formaciones republicanas para afrontar la cuestión autonómica y la defensa de los intereses de Galicia. En el verano de 1933 se produce un deterioro grave de las relaciones con los partidos republicanos, básicamente por su cortedad en el tema autonómico, y un potenciamiento paralelo, en cierto modo complementario, de alianza con los partidos de los otros dos nacionalismos periféricos (Pacto de Galeuzca). Pero, obligado a buscar el apoyo de los restantes partidos de Galicia para conseguir el éxito en el plebiscito del Estatuto, gira nuevamente hacia ellos, forzando una alianza en La Coruña y Pontevedra con motivo de las elecciones de noviembre de 1933. Tras el revés electoral, se abre paso una nueva fase en la que acepta el pluripartidismo, se encamina hacia su conversión en un partido de masas, y asume una alianza estable con las fuerzas de izquierda, integrándose en el Frente Popular. La decantación para la izquierda tuvo el coste político de la escisión, pero a cambio hizo posible el triunfo plebiscitario del Estatuto en el que, bien es verdad, las irregularidades fueron muy notorias.

El *Partido Galleguista* promovió una organización filial para encuadrar a los jóvenes en edades comprendidas entre los 15 y 23 años. La *Federación de Mocedades Galeguistas* se constituye formalmente en enero de 1934, con cerca de 1.000 afiliados. En un principio la tutela de los galleguistas adultos era muy acusada, pero cuando el *Partido Galleguista* decide en su III Asamblea aliarse con las

fuerzas de izquierda, las *Mocedades* discrepan y comienzan a independizarse de su patrocinio.

Predominaban en la *Federación de Mocedades Galleguistas* los estudiantes, seguidos de oficinistas y clase media en general. Su ideología era en todo coincidente con la del *Partido Galleguista*, con algún matiz diferencial y, sobre todo, con un distinto talante, de mayor exaltación. Estaba impregnada esta manifestación juvenil de un radicalismo y agresividad que, con todo, era más verbal que fáctico.

*Vanguardia Nacionalista Galega* fue un fugaz y pequeño grupo político, creado por la personalidad emprendedora, pero versátil, de Alvaro das Casas, que con anterioridad había fundado los grupos juveniles «Ultreya». Das Casas, una vez que hubo abandonado su fidelidad a la monarquía, se convirtió al credo republicano y autonomista. Autonomista fue durante casi todo el primer bienio republicano, antes y después de escindirse del *Partido Galleguista*. Sólo cuando la autonomía parecía inviable, en la etapa del segundo bienio, Alvaro das Casas radicaliza sus planteamientos y pasa a adherirse al credo arredista, el cual predica desde el periódico «*Mais*». Cuando a finales de 1935 el Estatuto Gallego comienza a tener unas expectativas favorables, Das Casas recobra la esperanza en la autonomía.

*Unión Socialista Gallega* vino a ser una tentativa de crear un socialismo gallego. Xoan Xexús González, militante socialista de la Agrupación de Santiago, provoca una escisión en agosto de 1932, creando la U.S.G. Su ideología, que se expresa en una serie de manifiestos en el periódico «*Amancecer*», se acercaba más al galleguismo que al socialismo, no pasando de

un mero reformismo similar al de las posiciones republicanas izquierdistas. Su práctica confirmó esto, pues abogó más por la autonomía que por cualquier otra reivindicación social o política;

Después de las elecciones de 1933 la *Unión Socialista Gallega* desaparece, integrándose en *Izquierda Republicana*, por considerar que la cuestión del régimen primaba sobre la reivindicación autonomista, aunque vuelve a dar unas tenues señales de vida tras las elecciones de febrero de 1936. La *Unión Socialista Gallega*, ubicada predominantemente en la comarca santiaguesa y compuesta por empleados, «trabajadores de oficio» y profesionales, esencialmente abogados y profesores, fracasó en su intención de convertirse en un partido socialista gallego, que llegara a desplazar a su homólogo español. El hecho de que no buscara atraer al núcleo de socialistas ferrolanos, de acusada orientación galleguista y liderado por Xaime Quintanilla, no fue ajeno a este resultado.

*La Derecha Galleguista* nació en Pontevedra por la escisión de Filgueira Valverde, García Vidal y Alvarez Limeses, entre otros, en mayo de 1935. Este movimiento escisionista fue luego continuado en Orense y Santiago, coordinándose los distintos núcleos en una *Federación de Fuerzas Nacionalistas e Galeguistas de Derechas*. Por medio de su ideología conservadora pensaban poder atraer a las derechas gallegas para el galleguismo. La composición social de *Derecha Galleguista* resulta de un nivel más alto que la del *Partido Galleguista*, y tuvo un importante papel en la campaña pro Estatuto.

El común denominador sociológico que ofrecen los diferentes grupos nacionalistas que se dibujan en la escena

política de Galicia en el quinquenio republicano, consiste en que ni la alta burguesía ni la clase obrera tenían interés en sustentar el nacionalismo gallego, y que fue fundamentalmente la clase media, con un fuerte componente intelectual, quien alimentó a los partidos de esa significación, a la cual hay que añadir el apoyo de pequeños comerciantes, industriales y estudiantes, sin olvidarnos de parte del campesinado.

La guerra civil primero, y el régimen franquista después, desarticularon y pulverizaron al nacionalismo gallego. En el exilio americano se mantuvo viva la llama del galleguismo político merced, sobre todo, a la labor y esfuerzo de Castelao y Suárez

Picallo. En Galicia, los galleguistas que habían continuado con una actividad política clandestina, siendo conscientes de que la victoria aliada en la II guerra mundial no iba a suponer el derribo del franquismo, y condicionados también por el cerco represivo del régimen, se orientan hacia un trabajo fundamentalmente cultural, abdicando del capital y la experiencia política generada en los años treinta, que ya no se transmitiría al nacionalismo posterior, que va a surgir «ex novo» en la década de los sesenta, huérfano de una no lejana tradición que aún pervivía en los viejos cuadros políticos del galleguismo republicano.

X.C.yJ.J.